



Azares del cuerpo

María Ospina Pizano

Martica estiró la piel rugosa y manchada de su clienta. Con la otra mano untó la paleta de cera caliente que despedía olor a limón. Aplicó el líquido pegachento sobre los montículos donde nacían las nalgas de la vieja. Solo durante las escasas sesiones de depilación de los últimos años Mirla se había percatado de esas regiones de forma tan palpable. Había ido perdiendo el hábito de esculcárselas.

las afueras

Azares del cuerpo

f

María Ospina Pizano
AZARES DEL CUERPO

las afueras

© María Ospina Pizano, 2017
Con el permiso de Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.
© de esta edición, Editorial Las afueras, 2020
Av. Diagonal, 534, 2º 2ª
08006 Barcelona
www.lasafueras.com
ISBN: 978-84-121457-5-5
Diseño de la colección: Hermanos Berenguer
Maquetación: María O'Shea
Ilustración de la cubierta: Isabel Gómez Machado

Policarpa

No ser devorado es el sentimiento más perfecto. No ser devorado es el objetivo secreto de toda una vida.

Clarice Lispector, «La mujer más pequeña del mundo»

Con placer se rasca los montes de la nuca, allí donde la marquilla del uniforme le tortura el cuello. Se hurga otra vez mientras revienta el aplauso entusiasta de los demás empleados formados alrededor de la entrada del hipermercado. Ella aplaude también hasta que interrumpe para rascarse de nuevo. Vuelve a unirse al ritual diario de reverencia a la clientela cuando la masa de gente empieza a diluirse por los pasillos. Un viejo que empuja con dificultad un carro de mercado es el último de los clientes que ha madrugado para aprovechar los descuentos del primer sábado del mes. Ella estudia los labios de los otros para identificar el momento en que se deshacen sus sonrisas de bienvenida, en que se les agota todo gesto de celebración. Hurga en los ojos de las dos mujeres que acaban de comenzar con ella, pero no encuentra allí confirmación de su extrañeza. Todos se dispersan hacia los puestos de trabajo.

Se le acerca Diana, la cajera que le han asignado para la sesión de entrenamiento de la registradora. Cada una lee sobre el pecho de la otra el broche que las nombra.

—Qué más, Marcela. ¿Manos a la obra?

Le gusta oír su nombre de nuevo, después de tanto tiempo. Pero le ha costado acostumbrarse. Por eso lo practica a diario repitiéndose a sí misma Marcela, Marcela, Marcela. Y ahora se alegra de que Diana se lo diga. Diana

podría llegar a ser una buena amiga. Se aprietan las dos entre un cubículo estrecho frente a una de las cajas registradoras.

—Manejarla no es tan complicado, pero las primeras semanas uno siempre comete errores. A veces a uno se le olvidan los códigos de algunas verduras, por ejemplo. Pero si ya ha trabajado en ventas le va a quedar muy fácil. ¿Usted qué hacía antes?

—Limpieza de oficinas.

Es lo primero que se le ocurre. La única oficina de Bogotá que conoce bien es la de la editorial, en el séptimo piso de la carrera 11 con calle 85. Ha ido solo un par de veces a reunirse con la editora y siempre en la entrada le piden un documento de identificación que tenga foto. Ella saca la cédula nueva y brillante que lleva su nombre genuino. Y luego aprieta el dedo en una máquina que aprendió a reconocer su huella. Podría decirse que trabaja para ellos, pero no en el área de limpieza y no de tiempo completo. Podría decirse que trabaja en revelar su identidad verdadera.

En la Agencia le recomendaron desde el comienzo no mencionar nada sobre su travesía (la han llamado así, con esa palabra que le parece un poco extraña), por lo menos durante los primeros meses. El consejo le parece obvio, pero desconoce la respuesta que debe dar cuando le pregunten por los recovecos de su pasado. Bajo la luz blanca del hipermercado se reprocha por la improvisación. Se rasca otra vez el cuello donde la marquilla de nylon sigue picándole sin tregua. Rasga con los dientes un pedazo de piel de esa cáscara seca que se le forma en los labios desde que vive en Bogotá.

Diana prende la caja registradora. Marca varios ceros. El cajón del dinero se abre con impulso contra sus vientres.

—¿Y por qué se fue de ese trabajo?

—No, eso era lo peor. Unos horarios larguísimos y pagaban un sueldo miserable. Casi me enloquezco allá con

esa explotación.

—Es que cada vez es más difícil conseguir trabajo digno. ¿Usted de dónde es?

—Crecí en Teorama, un pueblo que queda en Norte de Santander. Pero llevo harto rato trabajando en Bucaramanga y en Bogotá.

La parte verdadera de esa respuesta la dice oronda, contra todos los consejos de la psicóloga. En la primera terapia de grupo organizada por la Agencia les sugirieron que se imaginaran su travesía como una transición natural. Algo que tenía que suceder de cualquier forma, como el cambio de piel al que deben someterse las serpientes. Así anunció la psicóloga, añadiendo que la prudencia era muy importante en la primera fase del retorno.

Los doctores que les llevan a las terapias (le parece cómico que a todos los llamen doctores, tan acostumbrada ella a la simetría que siempre prometió la palabra camarada) usan las palabras selva y monte con cautela y tono grave, frenando con ellas una conversación llena de certezas. Cuando los oye hablar, Marcela se siente como una guerrera que trepa lianas en una manigua atiborrada de animales al ataque.

Rozándole las caderas a Diana frente a la caja registradora, Marcela piensa que si algún día se hacen amigas y ella decide contárselo todo, Diana querrá hacerle preguntas sobre animales, armas, árboles y peligros. Seguro que le preguntará también sobre su cercanía con la muerte. Se imagina abrumada, sin saber bien cómo explicarlo todo. Y Diana queriendo entender los pocos retazos de historia que ella le ofrece con reticencia, ponderando si puede ser amiga suya.

*

En la sección de Higiene Personal que le asignaron durante los primeros días para que se familiarizara con los

productos, Marcela descubre el significado de exfoliar. La primera vez que ve la palabra sobre los líquidos jabonosos que brillan con su promesa, investiga las etiquetas de los tarros en busca de una definición. Luego compra uno de esos jabones que aseguran raspar impurezas y comienza a echárselo con disciplina todas las mañanas en la cicatriz abultada que le interrumpe el hombro. Quiere irse lijando la huella rosada que allí se teje, a ver si deja de revelar tanto la herida. Cada vez que la psicóloga les habla de sus travesías en las terapias de la Agencia, Marcela invoca esos jabones que raspan impurezas. Se los imagina escamándole poco a poco su única piel.

Desde que empezó a trabajar en el hipermercado, compra casi a diario un producto de higiene y belleza que le parezca novedoso. La crema con tinte bronceador, la depilatoria, el juego de esmalte de uñas fosforescente con removedor, el jabón de avena para la cara. Ya no le caben los frascos en la estantería que tiene en el cuarto.

También desde que empezó a trabajar en el hipermercado se sueña con la perrita. En el más horrible de sus sueños una serpiente talla equis la muerde en pleno hocico y Marcela presencia el ataque sin poder evitarlo. Poco a poco, aún viva, se le va secando la cara y se le descascara la piel hasta que su cabeza queda en puros huesos. Marcela trata de salvarla recogiendo cada pedazo de cuero seco que va cayendo al piso, cada bigote. Su hermana la ayuda a pegárselos con una silicona que consiguieron en el mercado, pero la perrita se les muere.

*

En la tercera cita la editora le entrega a Marcela un fajo de hojas. El primer borrador del manuscrito inconcluso.

—A ver, Marcela, qué opina usted de esta parte. Aquí hay una transcripción de lo que usted ya nos ha contado con los cambios que he venido haciéndole para que haya más

claridad y todo sea más fluido para los lectores. Igual falta mucha edición y necesitamos más detalles. Usted va leyendo y aprueba lo que le parece bien o me cuenta si no está de acuerdo con alguno de mis tachones o añadiduras.

Marcela agarra el morro de papel y lee en voz alta. La editora la acompaña hojeando su pantalla.

«~~Al puro comienzo~~, Inicialmente, cuando planeé ~~irme~~ la partida, pensé que escribiría durante todo el camino porque había escuchado que varios habían salido a contar su historia y me imaginé que ~~contarlo~~ serviría para desenredar todo lo que en ese momento le ~~enrolata~~ ocupa a uno el pensamiento. ♯ También quería escribir para dejar algún recuerdo del camino. Si me moría en el intento, por lo menos quedaría un testimonio para que alguien se enterara de quién era yo y por lo que pasé. ~~¿me entiende?~~»

—A ver aquí la interrumpo un minuto, Marcela. Me gustaría saber si al final existió ese diario. Eso no quedó claro en la primera entrevista.

—No, al final no escribí nada, imagínese hacer eso en medio de semejante carrerón. Pero aquí tengo el diario bien clarito en mi cabeza y creo que eso es hasta mejor.

Marcela recuerda una novela que no se ha leído pero que le relataron en detalle. Es sobre un poeta que se pierde en la selva y deja como única prueba de vida un largo escrito sobre lo que vio en sus expediciones por las caucherías del Amazonas. La señora que Marcela tuvo que cuidar allá le contó todo lo que ocurría en el libro en el transcurso de una semana. Decía que era su novela favorita. Cada vez que rogaba para que le dieran algo que leer insistía en que fuera ese libro. Y el comandante, colérico, le decía ¿Es que usted qué cree que somos? ¿Una biblioteca? Hasta que Marcela intercedió con los jefes y le consiguió una cartilla de teoría marxista, una Biblia y un libro de escuela de geografía de Colombia que luego leyeron y comentaron juntas. Es que las novelas no están hechas para la selva, le dijo un día la señora. Y Marcela no entendió por qué reía.

—Doctora, ese libro que se llama *La vorágine*, que no recuerdo cómo se llama el autor, pero es uno famoso, ¿usted me puede decir dónde lo puedo comprar?

La editora promete conseguírselo. Marcela continúa leyendo el manuscrito lleno de enmiendas.

~~«Yo por muchos años Desde el comienzo allí cargué conmigo un cuaderno donde hacía dibujos (porque la verdad es que desde pequeña me gustó dibujar), anotaba las fechas del cumpleaños o de la partida de algunos seres queridos especiales, empezaba cartas a mi mamá o a mis hermanas y escribía poemas. Pensé en dejárselo a Erika, que fue mi mejor amiga por allá, como mi hermana allá, ese fue ella, como un recuerdo de nuestra amistad, pero al final resolví traerlo en este último viaje esta aventura. Cuentan por ahí que Parece que ella también desertó, aunque otros dicen que murió en un enfrentamiento en Nariño. Eso es algo que voy a averiguar bien ahora que estoy aquí, porque si está viva la tengo que buscar.~~

»~~Y pues claro, sí, Durante todos esos años tuve demasiados deseos de quise mandarles cartas a mi mamá y a mis hermanas. Pero nunca lo hice. La única carta que sí mandé envié en todo ese tiempo fue a los altos mandos para solicitar exámenes médicos especiales porque eso me estaba volviendo puro hueso había adelgazado mucho y estaba muy débil. Eso fue como a los cuatro años de entrar, cuando iba a cumplir los veinte. El comandante me decía que no era nada, que comiera más pero yo comía bien y seguía adelgazando y eso me temblaban los músculos todo el tiempo. Ahí Entonces me mandaron a Villavicencio, a una casa que ellos manejan para cuidado médico donde me sacaron exámenes y me dijeron dizque era diagnosticaron un problema de tiroides. En ese tiempo que estuve encerrada me puse a escribir mucho. Imagínese yo, Me dejaron ahí tirada entre un cuarto en una ciudad desconocida, con la única compañía de donde me atendía una mujer que subía únicamente a traerme comida y que~~

casi no hablaba. ~~Lo único que había ahí era un televisor y un gallo fastidioso que cantaba a toda hora en el jardín. Estaba desesperada.~~

~~»Yo por esa época tenía una perrita que se encariñó conmigo en un caserío cerca de Miraflores. Era mi alegría. Pero cuando ya llevaba un año conmigo empezó la corredera por los combates y tuve que dejársela encargada a una gente de Mocuare. Me dio pena moral, me sentí desconsolada cuando la abandoné. En esos días también me dio por escribirle toda una carta a ella, a varios perros de mi infancia. Pero eso sí juro por Dios que algún día volveré por mi perrita».~~

Marcela levanta la mirada del papel, pero evita los ojos de la editora. Vuelve a la lectura.

~~«Encerrada allá por dos semanas fue que me dio gran urgencia de contactar a mi mamá y a Nubia y Zenaida, mis hermanas, y decirles para contarles que estaba bien después de tanto tiempo sin noticias mías. Creo que Yo quería convencerlas de que sí estaba aquí, mejor dicho de que estaba viviendo en este mundo, cerca de ellas viva. Siempre me preocupó que se resignaran a mi ausencia a que yo estuviera muerta o perdida como le pasa a tantas familias que se resignan y dejan así. Yo no quería que me enterraran en su mente. Les escribí una carta larguísima y le juro que planeé en mandársela pero después arranqué las páginas del cuaderno y las quemé. Yo sabía que ni por nada bajo ninguna circunstancia nos permitían contactar a la familia. A Katy y a Edwin, que fueron mis camaradas compañeros de entrenamiento al comienzo, ya los habían cogido en esas y el castigo fue muy tenaz severo».~~

Marcela pone la última página impresa sobre el escritorio encima de la pila de papel. La editora sube las cejas esperando su aprobación.

—Pues está bien. Me acuerdo que cuando quemé esa carta me dieron ganas hasta de tragarme las cenizas en un vaso de agua. Pero la boté por la ventana a ver si se las